

# ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

## LA CRISIS DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD EN RUANDA, ZAIRE Y BURUNDI

YARISSE ZOCTIZOUM

*El Colegio de México*

Una vez más las cadenas de televisión internacionales dominantes, y también las cadenas nacionales, presentan en las pantallas de televisión las horribles imágenes de los africanos y “su crisis en Ruanda, Zaire y Burundi”, mientras que los periódicos con tendencias similares se dan a la tarea de describir y analizar “el salvajismo de los africanos”. Todo esto se hace olvidando los crímenes genocidas de los conquistadores europeos en América, Asia y África; los crímenes cometidos durante las dos guerras mundiales cuando se intentó eliminar a los judíos, los armenios y otros grupos étnicos, en los campos de concentración —hoy en día negados por los historiadores europeos llamados revisionistas—; los crímenes en la ex Yugoslavia y las masacres de poblaciones realizadas por narcotraficantes y escuadrones de la muerte en El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Colombia, etc. Por su parte, en la ONU, las grandes potencias utilizan esta crisis para demostrar —después de la guerra fría y de su fracaso en la ex Yugoslavia y en Somalia— su fuerza, su liderazgo y su capacidad para mandar en otros países mediante una intervención “humanitaria” en esta zona de crisis, con el pretexto de ayudar a los refugiados.

Este artículo no pretende recordar estos crímenes históricos y actuales para así justificar los crímenes en Ruanda, Burundi y Zaire, que deben condenarse con fuerza y juzgar a los responsables, como se hizo con los nazis en Europa. Lo

que se busca es explicar al lector los contextos históricos de esta crisis, con el fin de que pueda entenderla y no tomar como verdad absoluta las imágenes incendiarias y los prejuicios de los grandes periódicos y cadenas televisivas internacionales. En la primera parte del artículo presentaremos las condiciones sociohistóricas y actuales de estos tres países vecinos —llamados países de los grandes lagos— y que son tres ex colonias belgas; en la segunda, trataremos los orígenes de la crisis y el papel que han jugado en ella las grandes potencias; por último, señalaremos las perspectivas existentes en la región. Este artículo no abordará la descripción de las masacres ni los desplazamientos masivos de los refugiados; tampoco abundará sobre el número de las víctimas, sean éstas millones o muy pocas. Lo esencial es hacer que la realidad se vea tal como es, incluso si no hubiera habido más que una víctima. Sin ello no será posible que los propios responsables africanos, ni la comunidad internacional, encuentren soluciones adecuadas.

### Las formaciones socioeconómicas de los tres países

A continuación se intentará demostrar cómo las estructuras sociales y económicas de Zaire, Ruanda y Burundi constituyen uno de los factores determinantes de la crisis actual de esos países.

#### *Zaire*

Zaire, un país con forma de cabeza de elefante, se caracteriza, sobre todo, por su gran tamaño, pues cuenta con una superficie de 2 345 000 km<sup>2</sup> (superficie más de cuatro veces superior a la de Francia y más de ochenta veces superior a la de Bélgica). Su población actual supera los 44 millones de habitantes. Zaire formaba parte del reino del Congo precolonial, que cubría las actuales regiones de Angola, Zaire, República Popular del Congo, incluso Gabón y la parte sur de la República Centroafricana. Durante la colonización, Francia, Bélgica y Portugal se repartieron esta gran región de África Central: la parte portuguesa tomó el nombre de Angola, mientras que las

partes francesa y belga conservaron el nombre de Congo. De esta manera, existían el Congo francés, llamado también Congo medio, y el Congo belga, hoy en día Zaire. Durante la colonización directa, el Congo belga se vio beneficiado con el régimen de la administración indirecta; sin embargo, en el terreno de los hechos las jefaturas casi no tenían poder y las decisiones, procedentes de arriba, eran dictadas por el ministro de las colonias y corroboradas por la capital, Leopoldville (hoy en día Kinshasa). La administración colonial era omnipresente. En vísperas de la independencia había más de 10 000 belgas que servían en la administración pública, el ejército o la magistratura, y también se podían contar 7 000 misioneros europeos.

Durante el Reino del Congo, el territorio llamado hoy en día Zaire, poseía una unidad geográfica en la que proliferaba la diversidad cultural, étnica, política, etc. (en la actualidad hay más de 250 etnias en la región). Esto evitaba las rebeliones contra el poder central del reino. La colonización belga, por su parte, instauró un poder fuertemente centralizado y al mismo tiempo estableció una diversidad geográfica jerarquizada, lo cual ha sido un factor de rebelión contra el poder central hasta nuestros días. El vasto imperio del Reino del Congo empezó a fragmentarse a partir de la trata de negros y desapareció definitivamente después de la derrota del rey en una batalla histórica contra los portugueses, que tuvo lugar en Ambuila, en 1665. A partir de entonces, varios grupos étnicos desarrollaron sus propios y brillantes imperios: El imperio de los baluba, en el siglo xvi, que impuso su cultura y su lengua a otras etnias; el brillante reino de los bakubas, quienes desarrollaron una agricultura y un arte escultórico muy avanzado; la Confederación de los balundas, en el siglo xvi, situada en el corazón del continente, que desarrolló, sin embargo, el comercio con la costa occidental y oriental de África; el reino de los msiris en el siglo xix, que tejió, justo antes de la colonización belga, una importante red comercial —basada en el marfil, el cobre y los esclavos— entre el Mar Rojo y el Atlántico y también entre los árabes y los europeos; el reino de los mangbetus, tan admirado por los primeros europeos a causa de lo fastuoso de su corte, su sentido artístico y su audaz arquitectura; la famosa y notable organización de los zandé, orgullosos guerreros que

habían extendido su poder a un vasto territorio y quienes durante mucho tiempo opusieron una firme resistencia a la colonización belga (véase la bibliografía).

A partir de 1850, y después de las exploraciones realizadas en la zona del actual Zaire por David Livingstone y más tarde por Morton Stanley, con el financiamiento del rey Leopoldo II de Bélgica, todos los imperios y reinos fueron destruidos y el territorio pasó a ser propiedad personal del rey de Bélgica hasta 1908, cuando pasó a manos del Estado belga como una colonia —una de las más ricas de África— que enriqueció a Bélgica y empobreció a los autóctonos. A partir de 1960, el Congo belga se independizó y tomó el nombre de Zaire después de la “revolución cultural”, que recibió el nombre de “Autenticidad”, conducida por su presidente, el general Mobutu. Antes de la independencia, el país sufrió una importante crisis marcada por guerras civiles, étnicas y secesionistas; por los asesinatos de líderes como Lumumba, y también por la intervención de las grandes potencias, sin olvidar a la ONU, a través de sus “cascos azules”.

A partir de 1960, existe en Zaire una paz precaria bajo el régimen corrupto de tipo presidencialista del general Mobutu, régimen que se apoyaba, como sucede en muchos países africanos, en un partido único, el Movimiento Popular de la Revolución, más el apoyo que hoy en día siguen prestando a Zaire grandes potencias como Francia, Bélgica, Estados Unidos, Japón, etc., que necesitan los enormes recursos naturales de este país.

Mobutu ha sido y es cuestionado por los grupos de oposición, la mayoría de las veces, armados. En julio de 1960 se produjo la secesión de la rica región minera de Katanga —hoy en día Shaba— proclamada por Moise Tschombé con apoyo de los belgas. El 9 de agosto de ese mismo año, la región de Kasai también se declaró en secesión. La guerra de Katanga terminó en 1965, pero en enero de 1964, en la ex provincia de Kwilu, situada al oeste del país, el ex ministro de Lumumba, Pierre Mulele, se rebeló contra el poder central. En 1965 Kivu y una parte de Katanga entraron en disidencia. El ejército nacional, uno de los más corruptos del mundo, no pudo hacer nada y hubo que llamar a los mercenarios.

En noviembre de 1965, el coronel Mobutu se adueñó del poder central. Entre 1965 y 1977, Mobutu, con apoyo de la CIA y de países como Bélgica, Francia e incluso Estados Unidos, puso fin al movimiento de secesión de las provincias. Sin embargo, a finales de 1977, Shaba entró en guerra, pero el gobierno de Mobutu logró salvarse gracias a la ayuda del ejército del rey de Marruecos. En 1978 se produjo la segunda guerra de Shaba, llamada "Guerra de los seis días". La intervención de los paracaidistas franceses en Kolwezi, y la presencia de una fuerza interafricana, mantuvieron a Mobutu en el poder. En diciembre de 1993, el gobernador de Shaba declaró la autonomía total de la provincia, mientras que en la región de Kivu diversos grupos étnicos estuvieron a punto de desatar una rebelión. Debido a esto, el general Mobutu decidió visitar varias provincias y reconocer la legalidad de la formación de partidos políticos de oposición, los cuales integraron un Consejo Nacional con la participación de las principales fuerzas políticas del país. Este consejo registró más de 6 000 quejas contra el poder de Mobutu, lo cual obligó a éste a autorizar un gobierno de transición en el que participaron todos los partidos no radicales, si bien los ministerios principales permanecieron en manos de su propio partido. Mobutu tuvo también que anunciar la realización de elecciones generales libres y democráticas, pero éstas, hasta la fecha, no han tenido lugar.

A partir de 1994, Francia, Bélgica y Estados Unidos decidieron retirar su apoyo al régimen de Mobutu; sin embargo, la guerra civil de Ruanda lo salvó de nuevo, pues dichos países lo necesitaban para que actuara como mediador en Ruanda y también para que Zaire recibiera a los refugiados.

Zaire, el país con más potencial de desarrollo en África central, es también uno de los países más pobres del mundo. El ingreso per cápita es de cien dólares estadounidenses (el Banco Mundial fija el límite de la pobreza en 370 dólares). Después de más de veinte años de guerra, es Angola quien alimenta a Zaire con productos agrícolas. Los ingresos públicos bajaron de 1 176 millones de dólares en 1980 a 253 millones en 1993, mientras que los gastos aumentaron de 930 millones de dólares en 1992 a 1 008 millones de dólares en 1993. El ejército nacional sólo gasta de 150 a 200 millones de dólares por año.

Debido a esto, la producción de billetes es superior al nivel de la producción nacional; la consecuencia de esta práctica corrupta es una inflación crónica: 8 828% en 1993, 6 030% en 1994. De todas maneras, las empresas mineras extranjeras son las únicas que se han beneficiado siempre de la economía de Zaire, a partir de la época de la colonización. Desde un principio, mediante capitales belgas y de otros países, el cobre de Katanga —hoy en día Shaba— fue explotado por la famosa Union Minière du Haut Katanga (UMHK) [Unión minera del alto Katanga] controlada por dos grupos privados, la Société Générale y la Tanganica Concession. La UMHK hoy en día, maneja a su arbitrio la economía nacional. Después de la independencia, en 1960, el gobierno de Mobutu pretendió controlar la producción del cobre creando una nueva empresa nacional, la Sociedad Nacional de Minas, la Geocomin, pero no pudo dismantelar a la Société Générale, principal accionista de la UMHK, que además controlaba 70% de la economía monetaria Zaire.

En un país que estaba mal preparado para la independencia y carecía de una verdadera unidad nacional (250 grupos étnicos al borde de la anarquía), la UMHK era la única autoridad y apoyaba a los movimientos separatistas favorables a sus propios intereses. Fue así como Lumumba, quien aspiraba a nacionalizar las empresas mineras, fue asesinado con la complicidad del propio Mobutu al iniciarse la independencia. En 1965 los impuestos sobre la producción de cobre representaban 50% de los ingresos del país y 70% de sus exportaciones. La creación en 1966, de la Sociedad Nacional de Minas, la Geocomin, de la que el Estado debía conservar 60% de las acciones, fue un fracaso porque ningún capital extranjero compró el otro 40% de las acciones, pues la Société Générale hizo todo lo posible para que nadie las comprara. Finalmente, la administración de la Geocomin se le atribuyó a la Société Générale, que continúa beneficiándose de la comercialización de las minas, mientras los costos de la modernización de las tecnologías y de las infraestructuras están a cargo del Estado. Éste se vio obligado a endeudarse fuertemente, de manera tal que a partir de 1976 el Fondo Monetario Internacional (FMI) se adueñó del país con el pretexto de salvarlo, prestándole más dinero y controlando su economía. En la actualidad, la capaci-

dad teórica de producción de la región minera de Shaba es de 500 000 toneladas de cobre por año, 65 000 de zinc y 16 000 de cobalto. En 1987 el sector minero representaba 70% de las exportaciones y de este porcentaje el cobre constituía 37.2 %. El total de las exportaciones, sin embargo, bajó de 1 769 millones de dólares en 1988 a 565 millones en 1993. La producción de diamante, que era de 296 millones de dólares, bajó 44% en 1994. La producción de cobre, golpeada por la crisis mundial del precio del cobre, pasó de 20.8 millones de dólares en 1993 a 12.2 millones en 1994. Mientras tanto, la riqueza de Mobutu se calcula en más de 6 000 millones de dólares, sin contar sus mansiones en Francia, Suiza, etcétera.

La crisis de Zaire se ha generalizado a todos los ámbitos de la vida nacional: étnico, social, económico, político, etc. Las carreteras han desaparecido por falta de mantenimiento; reina una total anarquía y los campesinos no pueden cultivar las ricas tierras que posee el país. En 1994 Zaire estaba a punto de fraccionarse y se pronosticaba la caída de Mobutu; sin embargo, Francia volvió a brindarle apoyo, siempre que la autorizara llevar a cabo la “Operación Turquoise” en la región de Kivu —hoy día en la manos de los rebeldes— con el fin de instalar a los refugiados hutus. En la siguiente sección veremos lo que esta “generosa” operación significó para Mobutu.

### *Ruanda*

“País de las mil colinas”, Ruanda siempre fue el hogar de tres pueblos que han convivido en el corazón de África, en la región de los Grandes Lagos, a unos 1 000 kilómetros, tanto del mar Índico como del Atlántico. Se trata de un país de 26 338 km<sup>2</sup> —no más grande que Sicilia—, con grandes contrastes físicos y bellezas naturales indiscutibles: montañas, lagos, islas, colinas, bosques, afluentes de los dos grandes ríos de África, el Congo y el Nilo, etc., todo en un espacio reducido. Con un clima fuertemente atemperado por la altura y muy agradable durante todas las estaciones, Ruanda es el país de la eterna primavera. El alemán Adolph Von Gotzen, quien llegó a este país en 1894, quedó asombrado por su excepcional belleza. Pero como sucede con todo país que se encuentra enclavado territorialmente, Ruanda

depende —salvo en sus relaciones aéreas— de sus vecinos Uganda, Tanzania, Burundi, Zaire, e incluso de Kenia. Esta situación hace que sus intercambios sean muy vulnerables, porque tanto sus exportaciones como sus importaciones transitan con ruptura de carga por Mombasa, un puerto de Kenia sobre el mar Índico, con el que Ruanda está conectado por 600 kilómetros de carreteras desde su capital Kigali hasta Kampala, en Uganda, más 1 200 km de ferrocarril; o por Dar-es-Salaam, en Tanzania, a través de 285 km de carreteras hasta Bujumbura —la capital de Burundi— más otros 200 km en barco por el lago Tanganyika y luego 1 200 km en el territorio de Tanzania.

Otro problema fundamental de este pequeño país enclavado, es la presión demográfica. Con una tasa de crecimiento de 3% desde los años sesenta, su población se duplica cada quince años y hoy alcanza cerca de los diez millones de habitantes. Esta situación es uno de los factores más importantes en la guerra civil que vive el país. Ruanda tiene la densidad de población más elevada de África, que varía según las zonas montañosas y las regiones fértiles entre 200 y más de 400 habitantes por km<sup>2</sup>. A pesar del intento de control de natalidad realizado a partir de 1967, el aumento continúa y, a diferencia de lo que sucede en otros países de África, donde el crecimiento de la población favorece el progreso, aquí constituye una amenaza de guerra civil. La tasa de urbanización, sin embargo, es muy baja, porque ninguna familia quiere dejar su pedazo de tierra, único medio de sobrevivencia. En Ruanda no hace falta mano de obra, pero sí se necesita mucha tierra y la población ocupa toda la superficie del país.

Desde el punto de vista social, en Ruanda existen tres grupos étnicos que siempre han compartido el territorio. Los hutus, que representan 85% de la población, son agricultores y han transformado el paisaje de Ruanda en un vasto llano; a consecuencia de esto, cada día que pasa, la selva se hace más pequeña, fenómeno que se ha acelerado en los últimos años. Dadas estas condiciones, los twas, que representan 1% de la población, fueron empujados hacia las zonas altas de las montañas. Acan-tonados en las selvas de los macizos volcánicos, los twas viven como seminómadas. Son grandes cazadores y no practican ni la agricultura ni la cría, si bien plantan y obtienen cosechas

como complemento de los productos de la cacería. Sin embargo, con el proceso de cambio social, un grupo de *twas* se integró al conjunto de la sociedad ruandesa, se hizo sedentario y se dedicó a la artesanía fabricando arcos y flechas para sus hermanos cazadores y también una bonita alfarería. Sus actividades se han integrado así a la economía mercantil moderna.

Los pastores y guerreros *tutsis* o *batusis*, forman el tercer grupo étnico y representan 14% de la población. Desde los comienzos de la historia de Ruanda, los *tutsis* han encontrado siempre en las planicies buenos pastos para su ganado. Según los historiadores, a pesar de su número limitado, los *tutsis* sometieron a las otras etnias y así unificaron el país durante algunos siglos, instituyendo una “monarquía feudal” encabezada por un rey, el *mwani*. Los otros grupos étnicos estaban ligados a ellos por medio de un contrato personal y desigual llamado *ububake*, que se basaba en la distribución de la propiedad del ganado. El *mwani*, quien era el propietario de todo el ganado, otorgaba el usufructo de éste a algunos de sus súbditos, quienes, a su vez, podían transmitirlo, creando así una forma de relación de vasallaje que los europeos interpretaron a su llegada como feudal, y que luego los belgas explotaron de manera negativa durante su administración colonial. Para los *hutus* esta relación implicaba que tenían que hacer importantes aportaciones en trabajo y productos agrícolas. Este contrato y la consecuente dominación benévola que sufrían los *hutus*, así como la institución de un reinado muy centralizado y por derecho divino, generaron en los europeos la idea de que el origen de los *tutsis* no era africano (véase el próximo apartado).

A pesar de las diferencias de organización, los *tutsis* se mezclaron con los *hutus*, quienes tenían una organización política avanzada, sobre la base de departamentos, con un jefe, y poseían una tecnología metalúrgica desarrollada por ellos mismos. Los *hutus* no sólo impusieron a los *tutsis* los productos agrícolas sino también su propio idioma, sus estructuras políticas y sus representaciones ideológicas. Esta organización social compleja sentó las bases de una nación plural con una sola lengua hablada por todos los grupos étnicos: el *kinyarwanda*. De esta manera, antes de la administración colonial belga ninguna etnia se definía como tal, se identificaba según sus oficios.

El ganado, fundamento de la organización de los tutsis, introdujo un elemento de jerarquización social y una autocracia que eran menos conocidas para las sociedades agrícolas; asimismo, cabe notar que la sociedad se encontraba dividida en castas a pesar de que pudieran celebrarse matrimonios mixtos. Por otra parte, había un solo rey para todo el país.

La etnia tutsi encabezaba, pues, la sociedad de Ruanda. Por el hecho de ser guerreros, los tutsis trabajaban la tierra menos que los demás, y su tiempo de ocio lo dedicaban a formular acertijos o adivinanzas, creando así una literatura oral con base en la poesía, que es una de las más desarrolladas de África. De esta vida compleja surgió la dinastía Banyigioya, cuyo relato mitológico ubica el origen de su ancestro en el cielo, de Nkuba, el trueno. Después de una monarquía que, a principios del siglo XII, inició una cultura a base de "vaca y tambor", con un ritual que sacralizaba la persona del *mwani*, hubo que esperar hasta el siglo XIV para que esa sociedad pasara de ser de una confederación de pueblos a una monarquía de "forma feudal". El proceso de unificación se sostuvo hasta la llegada de los colonialistas. La centralización política impuesta por el *mwani* se apoyaba en tres jefaturas sin distinción de origen étnico: los jefes del ganado, los de la tierra, y los del ejército. Esta estructura política fortaleció el poder y la cohesión del reinado de Ruanda que vivía en paz prohibiendo la entrada en su territorio a todos los extranjeros.

La organización socioétnica, las estructuras clánicas que agrupaban a diversos linajes y el uso de una sola lengua contribuyeron a formar y unificar una nación excepcional en África Central que desafió toda forma de conquista por parte de los extranjeros hasta el siglo XIX. Así pues, la colonización de Ruanda fue tardía. Quienes la iniciaron fueron los misioneros europeos, los "padres blancos", que comenzaron la evangelización de Ruanda a partir de 1868 (hoy en día, Ruanda es el país más cristianizado de todo África). Más tarde, en 1894, Von Gotzen, un oficial del ejército del Imperio alemán, realizó una visita al *mwani* Kigeli IV. Luego, con Musinga, el siguiente *mwani* que tuvo una amistad excepcional con los alemanes, se firmó un tratado de protectorado, que incluía a Burundi. A partir de entonces, el reino de Ruanda pasó a formar parte del

distrito número XIII de la inmensa Deutch Ostáfrica. Después de un breve periodo de violencia contra la población, la colonización alemana decidió mantener las estructuras sociales de Ruanda practicando una administración indirecta por medio del *mwani*, a pesar de las protestas de los diferentes príncipes, a veces violentas, contra la colonización. En 1916 el país fue conquistado por los aliados a raíz de la primera guerra mundial, en particular por los belgas, quienes en 1924 recibieron de la Sociedad de las Naciones el mandato sobre Ruanda-Urundi (Burundi). En 1925 se decidió aplicar la misma administración directa que prevalecía en el Congo belga, hoy en día, Zaire. De esta manera, se castigó la falta de docilidad del *mwani* Musinga, quien fue remplazado en el poder por su propio hijo, Mutara III. En 1946 el país se transformó en territorio belga, y fue administrado con todas las reglas violentas y salvajes que la colonización europea instrumentó en todo el continente. El 1 de julio de 1962, el país obtuvo su independencia después de intensos acontecimientos.

Si bien Ruanda se percibe como un país importante para el desarrollo de una economía turística, los otros sectores económicos son todavía pobres y menos desarrollados. Los cultivos de plátano, madioca, frijol, sorgo, se revelan insuficientes para una población en constante crecimiento. Los cultivos industriales como los de café, té, pirita, algodón, caña de azúcar, representan nada más que 15% de la producción agrícola. En lo que respecta a la producción de minerales, como el wolframio, el berilio, el colombo-tantatite y, sobre todo el caserite —que se exportan hacia Estados Unidos y la Unión Europea—, ésta no basta todavía para desarrollar la economía del país.

### *Burundi*

Burundi es muy similar a Ruanda tanto desde el punto de vista de su geografía física como desde la perspectiva social y económica. Situado en el centro del continente africano Burundi es un pequeño país montañoso, llamado también el país de las “mil colinas” y de los “lagos de pájaros”.

Con una superficie de 278 334 km<sup>2</sup>, se encuentra a 1 200 km del mar Índigo y en línea recta, a 2 000 km del Océano Atlán-

tico. Su clima es suave y fresco. Con una población de cerca de diez millones de habitantes, Burundi, lo mismo que Ruanda, posee una de las más fuertes presiones demográficas del continente, y tiene una tasa muy baja de urbanización. Asimismo, tal como sucede con Ruanda, Burundi está poblado por una mayoría de 85% de hutus, y una minoría de 14% de tutsis y otra de 1% de twas. Sin embargo, la organización social es un poco diferente a la de Ruanda; un poco más jerarquizada.

Cada etnia contaba con una actividad económica específica. Los twas eran cazadores, alfareros y herreros, pero con los cambios sociales ocurridos, han empezado a desempeñar tareas devaluadas en lo social y lo económico. Los hutus, por su parte, son agricultores, mientras que los tutsis son ganaderos, y sus jefes forman castas de guerreros que dominan al conjunto de la sociedad. En las colinas se instauró un complejo sistema de intercambio y trueque de arriba hacia abajo de la sociedad. La cerveza de plátano y las vacas llegaron a ocupar un lugar prominente en estas complejas relaciones. Estos intercambios podían tener lugar entre la misma etnia, pero se practicaban sobre todo entre los tres grupos. Había prestaciones de toda naturaleza, en la forma de relaciones de servidumbre en las que el campesino sin tierra trabajaba para un propietario a cambio del derecho a cultivar de manera personal una parcela. Existía también el *ubugabire*, otra forma de relación en la que el campesino, a cambio de una vaca otorgada en prenda, debía a su patrón una serie de obsequios: cerveza, servicios de toda orden y una opción sobre los terneros de la vaca o de las vacas empeñadas. Estas formas de relación desataron un proceso de diferenciación social entre los hutus y los tutsis que los belgas agudizaron en favor de los intereses de los colonialistas. Sin embargo, existía el mestizaje entre los dos grandes grupos étnicos, y antes de la llegada de los belgas, se podía observar cierta integración cultural.

Igual que en Ruanda, los dos pueblos, hutu y tutsi, hablan el mismo idioma, el kirundi, de carácter bantu. Asimismo ambos pueblos comparten creencias y practican el culto de los ancestros y del dios-héroe Kiringa. Ambos desarrollaron una refinada literatura oral constituida por música, poesía, canciones y bailes graciosos, así como el arte de la cestería, la decoración en madera

y la plata labrada. Todo esto conformaba un patrimonio común, y antes de la llegada de los blancos existía la tendencia a la desaparición de los orígenes étnicos. A pesar de todo, la vida social era armoniosa. Hasta el siglo xvii la vida de este pequeño país estuvo basada en las relaciones entre los hutus y los tutsis y la vida política se limitaba a un mosaico de pequeños principados que coexistían sin una dirección común.

A finales del siglo xvii surgió la dinastía de los abaganwas; para algunos historiadores esta dinastía tiene un origen tutsi y data tan solo del siglo xvi; para otros, los hutus fueron la etnia más antigua, del siglo xii. La casta real de los abaganwas, por su parte, proclama no pertenecer a ninguna de las dos etnias, e incluso los belgas explotaron esta historia según sus propios intereses. Los abaganwas, que se atribuyen un origen más o menos divino, han procreado reyes, personajes sagrados que eran los garantes de la unidad del país y los protectores indispensables de la fertilidad de la tierra, pues el rey debía darse muerte si durante su reinado la tierra no producía buenas cosechas. Mientras que en Ruanda la familia real era tutsi, en Burundi los tutsis tenían una casta especial y noble, los abanyarugurus, que se casaban con la casta real de los abaganwas, quienes a su vez, tenían la costumbre de tratar a los tutsis como sus súbditos. El fundador del reino fue el rey Ntare I Rushati, unificador del país. Después de la muerte de éste, siguieron otros reyes hasta la llegada de los alemanes. En efecto, después de la Conferencia de Berlín, que se reunió en 1885 y estuvo dedicada a la repartición del Continente africano entre las grandes potencias europeas de la época, Alemania intentó ocupar Burundi a partir de 1892. Fue así como en 1895 se creó un puesto militar en la actual capital, Bujumbura. Luego, Alemania decidió renunciar a la conquista militar para apoyar al *mwezi* Gisado IV, reforzando la autoridad de éste sobre el reino. Pero en 1916, el rey fue asesinado por su hermano menor, y Alemania, que había perdido la primera guerra mundial, perdió el país frente a los aliados. Fue así como la Sociedad de las Naciones, confió el mandato de Burundi a Bélgica.

El país sufrió entonces la misma colonización belga que Ruanda y Zaire, y padeció las mismas prácticas: la educación para los líderes tutsis en detrimento de los hutus y los twas.

En 1960 surgieron unos veinte partidos en vísperas de la independencia, que Burundi obtuvo el 1 de julio de 1962 (pero ya en una fuerte crisis entre los hutus y los tutsis que se prolonga hasta en días).

Económicamente Burundi no tiene tantos recursos naturales como Zaire. La economía se basa en la producción agrícola de autosubsistencia en la que dominan el mijo, sorgo, maíz, mandioca, frijol, papas, camote, legumbres, plátano (Burundi es el quinto productor mundial de esta fruta), arroz, etc. El ganado es muy importante; sin embargo, el país tiene que importar carne, porque el ganado es signo de riqueza y no se matan muchas vacas, a las que de alguna manera se venera como en India. La pesca en los lagos tiene un peso importante pues parte de las especies capturadas la exportan. Los otros productos de exportación son el café, algodón, té, caseterite, níquel, aún muy limitado, y el ferberito en pequeñas cantidades.

Para terminar esta sección quisiera referirme a los otros dos países vecinos de entre los tres que acabamos de considerar y que están involucrados, directa o indirectamente en la crisis: se trata de Uganda y Tanzania, ex colonias de Inglaterra. Uganda tiene más de 20 millones de habitantes en una superficie de 237 000 km<sup>2</sup> y es independiente desde 1962. Este país a menudo se presenta como un modelo exitoso en África, con una real estabilidad política y económica después de la caída del dictador Amin Dada. El presidente de Uganda, Yoweri Museveni, mantiene buenas relaciones con el Frente Popular de Ruanda (FPR), actualmente en el poder. El territorio de Uganda sirvió durante muchos años a los refugiados tutsis, rechazados por los diferentes regímenes de los hutus de Ruanda, desde los primeros años de la independencia. El apoyo de este país fue fundamental para que los tutsis lograran despojar del poder a los hutus en 1994. Hoy en día, Zaire acusa a Uganda de haber apoyado a los tutsis de Zaire, y a otros grupos étnicos, para derrocar a Mobutu.

En lo que respecta a Tanzania, una parte de este país, Tanganyika, alcanzó la independencia en 1961, mientras que la otra parte, la isla de Zanzíbar, se hizo independiente en 1963 y el país se unificó en 1964. Gracias al ex presidente de Tanzania, Julius Nyerere, la rebelión en ese país logró derrocar al dictador Amin Dada en 1979. Hoy en día Tanzania recibe a

muchos refugiados tanto hutus como tutsis. Pero ya no es posible ayudarlos a reconquistar el poder en Ruanda, como sucedió con la rebelión contra Amin Dada en Uganda. En diciembre de 1996 Tanzania se vio obligada, debido a sus propios problemas económicos, a exigir por la fuerza que los refugiados regresaran a su país, a pesar del papel que desempeñó Nyerere en las cumbres organizadas tanto en su país como en Kenia para resolver la crisis de esta región de África.

Todos los países de los Grandes Lagos están, pues, implicados de una manera u otra en la crisis de Ruanda, Zaire y Burundi. Pero son la historia precolonial y colonial de esos países, más el papel que desempeñan hoy en día en la región las grandes potencias, los que permiten explicar, más allá de los conflictos puramente étnicos, cómo se llegó a un genocidio de proporciones nunca antes registradas en la historia del continente africano, que recuerda la masacre de Armenia o las de los nazis.

### Los orígenes de la crisis y el papel de las grandes potencias extranjeras

Desde 1994 hasta ahora —si no es que desde la independencia de los países enfrascados en la crisis— la televisión y los periódicos internacionales han manipulado las imágenes de gente muerta de hambre, de refugiados, de asesinados y asesinos, de organizaciones internacionales gubernamentales y no gubernamentales, de cifras alarmantes de muertos como resultado de conflictos étnicos. Muchos, sin embargo, no explican los factores reales de esta crisis que data de los primeros años de las independencias. Los ex colonizadores acusan a los africanos de sus malos gobiernos y su tribalismo, mientras que los africanos acusan a los países imperialistas y sus intereses. Desde nuestro punto de vista, para poder entender esta crisis con el fin de encontrar soluciones, es necesario destacar diversas causas, que expondremos a continuación.

Como ya vimos en la primera sección, la naturaleza de las estructuras sociales de Ruanda y Burundi —los dos principales actores y víctimas de esta crisis— hacía factible que se produjeran contradicciones sociales entre los hutus, los tutsis y

los twas. A pesar de la armonía existente entre estas etnias, se podría decir que durante el periodo precolonial hubo un proceso de diferenciación étnica, dado que todos tenían la misma nación y los agricultores hutus, los cazadores twas e incluso una parte de los tutsis —quienes formaron en Burundi una nobleza aparte para casarse con la familia real, que pretendía diferenciarse de las tres etnias— podían sufrir por ese proceso de diferenciación. Sin embargo, el proceso de apropiación de las tierras de cultivo y los pastizales, que a veces generaban conflictos interétnicos violentos, constituyó también un proceso de integración y socialización de las etnias. Esto dio como resultado que dentro del contexto de África se lograra configurar una nación con una misma lengua, religión, y cultura, etc., comparable a algunas naciones europeas de la misma época. Por otra parte, ningún historiador en el mundo ha registrado en la historia de Ruanda y Burundi una crisis étnica de magnitud tal como la reciente. Al contrario, los miembros de las etnias se identificaban por su oficio como agricultores, guerreros, cazadores, pescadores, herreros, jefes, príncipes, reyes, etc. y no en términos étnicos como sucede en la actualidad. Cabe entonces preguntarse qué fue lo que sucedió.

Mientras que los alemanes, durante su breve periodo colonial, ejercieron un dominio indirecto, manteniendo las estructuras y las relaciones sociales tradicionales; los belgas, por el contrario, identificaron y evaluaron los aspectos negativos de estas estructuras y relaciones sociales, con el fin de reforzarlos mediante leyes europeas favorables a los intereses de su colonización. Los belgas institucionalizaron las diferencias sociales en términos étnicos. El misionero belga Louis de Laegger, ideólogo del proyecto de colonización belga, escribió que los tutsis tuvieron sus orígenes en el Cáucaso y que habían nacido para mandar. Esta teoría justificaba los actos administrativos de los belgas. En efecto, bajo la administración colonial belga desde 1917 hasta 1962, tanto en Ruanda como en Burundi, la pertenencia étnica había que marcarla en fichas administrativas y en credenciales o tarjetas de identificación de los habitantes. En consecuencia, desde los años veinte el poder colonial formó una élite tutsi que le servía de apoyo para gobernar, justificando la colaboración y la dominación de esta

élite mediante el principio prenatal de la desigualdad congénita de las razas. La favorecida élite tutsi entró en este juego peligroso, trabajando en concierto con el poder colonial y, sobre todo, con la poderosa iglesia católica (proporcionalmente, Ruanda y Burundi son los países más cristianizados de África). A partir de los años cincuenta, sin embargo, con la ola de reivindicaciones que trajo la independencia al continente africano, la élite tutsi rompió sus relaciones privilegiadas con la administración colonial belga para reivindicar su independencia junto con la mayoría de su grupo étnico, con los hutus y los twas. Para castigar a esta élite, a partir de 1959 los belgas apoyaron a una pequeña élite hutu, que estaba harta de la marginación, la cual tomó el poder en Ruanda en 1962, en el momento de la independencia.

Mientras tanto, la deficiente preparación de la élite hutu de Burundi contribuyó a que los tutsis se adueñaran del poder a partir de 1962, fecha de la independencia de ese país. Esta situación condujo a que la élite hutu de Ruanda hablara de revolución social, si bien en la práctica aplicó la misma política belga de "racialización o etnización" de la sociedad ruandesa, al igual que los tutsis en Burundi, con la diferencia de que en este último país, la minoría de la población detentaba el poder. Al producirse la independencia en 1962, los tutsis y los hutus se volvieron oficialmente categorías étnico-políticas o racial-políticas. De hecho, la manipulación racista y étnica de la época colonial sigue siendo aplicada hoy en día por las mismas élites africanas, más allá de lo imaginable. Por ejemplo, la democracia se define en términos étnicos o raciales. En Ruanda, desde la independencia hasta 1994, el Estado de mayoría hutus dosificaba los derechos de los ciudadanos según su pertenencia o distancia respecto a la etnia mayoritaria. Los hutus se convirtieron así en una etnia por la democracia, y la minoría tutsi, a pesar de su diversidad política, se consideraba como una minoría constitucional que no debía pretender el poder. En Burundi, la minoría tutsi en el poder aplica hasta ahora la misma política, pero al revés, y se resguarda en la fuerza militar. En este caso, se trata de una democracia de la fuerza. Vemos entonces por qué la democracia no tiene ningún sentido en estos países, aunque estén apoyados por las grandes po-

tencias. En Ruanda, los hutus aplicaron, hasta 1994, el sistema de porcentaje étnico en la administración, calificando esta política de “democracia de la mayoría demográfica”. Esta “democracia genética” ha generado el proceso de genocidio que vive la región de los Grandes Lagos en África.

Otra fuente de conflictos étnico-políticos, tanto en Ruanda como en Burundi, son las constituciones, verdaderas copias de la belga, en las que el *mwani* se elige como monarca constitucional igual que el rey de Bélgica. En consecuencia, con la imitación de la constitución belga, el *mwani*, que era un elemento de unión entre las etnias y los grupos sociales, y también un elemento de comunicación entre las poblaciones y la naturaleza, pues él debía matarse si bajo su reinado la tierra no era fértil, la figura se transformó en un poder que le disputa al presidente, electo o no, al parlamento y al gobierno, el poder de dirigir el país. Esta lucha ha generado varios golpes de Estado en ambos países. Entre 1962 y 1994 los tutsis y los hutus de Ruanda y Burundi han protagonizado diversos episodios cruentos. Pero la masacre y el saldo de refugiados en 1994, fueron los más importantes. Esto obedece a diversas razones.

A partir de 1962, después de la llegada de los hutus al poder en Ruanda y de sus conflictos con los tutsis, estos últimos se refugiaron en varios países vecinos, sobre todo en Uganda y Tanzania. Durante 30 años, los tutsis refugiados en Uganda se organizaron para regresar a su país y tomar el poder. El actual gobierno ugandés de Yoweri Museveni recibió la ayuda de los tutsis para combatir y derrotar a la dictadura. Esta experiencia, más el apoyo de Uganda, les permitió formar el Frente Patriótico de Ruanda (FPR) y durante mucho tiempo los tutsis lucharon contra todos los gobiernos hutu de Ruanda, sobre todo contra el del dictador, el general mayor Juvenal Habyarimana quien tomó el poder en 1973, después de un golpe de Estado militar. Hasta la muerte Habyarimana, ocurrida en 1994 —en el famoso accidente de avión donde también murió el primer presidente hutu de Burundi—, este dictador recibió el apoyo de algunos países occidentales, sobre todo de Francia (su familia era amiga del hijo del presidente Mitterrand), Bélgica, Estados Unidos, Alemania y de un país socialista, China. En 1990, la lucha armada de los tutsis los

llevó hasta las puertas de Kigali, capital de Ruanda, y estuvieron a punto de tomar el poder; sin embargo, la intervención de Francia atrasó su avance. Luego el dictador, igual que los líderes militares tutsis, tuvo que aceptar la propuesta de Francia —y después, de la Organización de la Unidad Africana (OUA) y también de la ONU— de entablar negociaciones para formar un gobierno de unidad nacional, de transición, que más tarde pudiera organizar las elecciones democráticas generales en el país. La negociación, apoyada por Francia, Bélgica, la ONU, Estados Unidos, la OUA y el ex presidente de Tanzania, duró hasta la última cumbre realizada en Tanzania en 1994, en la que se firmó un acuerdo de gobierno multiétnico. Sin embargo, a su regreso de Tanzania, el dictador murió en un accidente de avión, cuyas causas se desconocen hasta hoy. Se acusa a los hutus radicales y a sus consejeros franceses y belgas, pero también a algunos tutsis de Ruanda y de Burundi, de haber provocado este accidente en el cual también murió el primer presidente hutu de Burundi, Melchior, quien fue elegido democráticamente pero no realmente aceptado por el ejército nacional en manos de la minoría tutsi, que ha detentado el poder en este país, desde 1962.

El accidente fue la gota que derramó el vaso y provocó el inmenso flujo de refugiados hacia los países vecinos. Después de este accidente, los tutsis decidieron tomar la capital de Ruanda y, a pesar del apoyo de franceses y belgas, el ejército nacional compuesto por los hutus perdió el poder. Antes de huir del país, tanto el ejército como las milicias hutus mataron a los civiles tutsis y también a los hutus demócratas considerados como traidores. En su huida se llevaron a civiles hutus como rehenes hacia Zaire, Burundi y Tanzania. Gracias a la intervención francesa en la llamada “Operación Turquoise”, el ejército y las milicias hutus pudieron escapar de los tutsis hacia el Frente Patriótico de Ruanda, para seguir matando a los civiles en los campos de refugiados.

En los campos de refugiados de Zaire, el ejército y las milicias hutus, que se quedaron con las armas gracias a Francia y a algunas organizaciones no gubernamentales (ONG) —y también gracias al fructuoso negocio de armas manejados por traficantes y mercenarios en los campos de refugiados— entra-

ron otra vez en lucha contra los tutsis de Zaire, quienes, según los historiadores, viven en ese país desde hace cuatro siglos (aunque en 1985, debido a la rebelión y al apoyo que aquéllos prestaron a los movimientos de liberación de Zaire, el presidente Mobutu decidió quitarles la nacionalidad zaireña). Naturalmente, los tutsis de Zaire, llamados banyamulengue, de la zona de Kivu, se aliaron con los tutsis en el poder en Ruanda y Burundi, donde el coronel tutsi Bouyaya dio un golpe de Estado en 1996 contra el legítimo gobierno hutu. Fue Bouyaya quien, durante su primer gobierno al que accedió por un golpe de Estado, organizó en Burundi, con la ayuda de la comunidad internacional, la primera elección democrática, que ganó Melchior, de etnia hutu. Todos los países vecinos de Burundi y los países extranjeros denuncian al actual gobierno de Bouyaya.

El apoyo que los actuales gobiernos de Ruanda y Burundi brindan a sus hermanos tutsis de Zaire, y la alianza de estos últimos con los movimientos de liberación de ese país, han generalizado la guerra en esta zona de África. Esa guerra, que empezó como una lucha por el poder, se transformó en una guerra socioétnica, luego en una lucha de liberación y finalmente en una guerra fronteriza entre Zaire y sus vecinos, con el apoyo indirecto o no, de las grandes potencias y, sobre todo, con la participación de los mercenarios provenientes principalmente de toda Europa, para salvar otra vez al régimen del dictador Mobutu.

Todo esto provocó un movimiento de refugiados, que pasaban de un lugar a otro sin saber a dónde ir ni a dónde regresar. Pero gracias a la rebelión de Kivu y a la lucha de los banyamulengues, los refugiados civiles hutus pudieron liberarse de las milicias hutus para regresar a Ruanda, aunque una parte todavía se encuentre en Zaire.

### Las perspectivas en la región

En esta última sección me referiré brevemente a las perspectivas de esta zona dentro del conjunto de África. La pregunta recurrente que se formula respecto de esta región —y de los otros conflictos en Somalia, Angola, Mozambique y Argelia—

es si África tiene futuro. Los pesimistas dan por perdido al continente africano; pero, desde mi perspectiva, la respuesta a esa pregunta es sí: El continente africano tiene futuro y la región de Ruanda, Zaire y Burundi también lo tiene.

El futuro de la región descansa, en primer lugar, en la actitud política responsable y justa de los africanos. Un primer paso hacia esta actitud lo constituyó la decisión de Julius Niere, ex presidente de Tanzania, de juntar a los presidentes de la región para que trataran el problema entre ellos, mucho tiempo antes de diciembre de 1996, cuando se produjo la reunión cumbre de éstos en Nairobi, Kenia. Aunque la última reunión cumbre de Kenia no tuvo resultados positivos —pues Zaire decidió no asistir por considerar que Ruanda ocupa su territorio en la zona de Kivu— hay que destacar este primer paso.

En segundo lugar, es necesario reestructurar los espacios de la región. Sin embargo, esto no debe hacerse en términos de efectuar una revisión de las fronteras, como pretende el actual presidente de Ruanda, el pastor Bizimunge, quien declaró que era deseable efectuar una segunda Conferencia de Berlín para revisar las fronteras de los países africanos que fueron establecidas por los países colonizadores durante la conferencia de Berlín efectuada en Alemania en 1885. A nuestro juicio, de lo que se trata es de reestructurar espacios de poder para reequilibrar democráticamente los intereses de los grupos étnicos y de las clases sociales, así como de regiones y fronteras. Es necesaria la formación de una democracia transparente, que no esté fundada en la demografía, etnia, religión, sexo, edad, etc. Las culturas africanas tradicionales están llenas de tales principios. Un ejemplo de ello es lo que los europeos llaman la “palabra africana”, bajo el árbol sagrado de la aldea, cuando todas las decisiones del jefe de la aldea se tomaban después de muchos días de acalorados debates entre los pobladores del lugar. Ahora bien, ese futuro sólo podrá cumplirse conforme una serie de condiciones internas y externas a las que nos referiremos a continuación.

En el plano interno, los africanos tendrán que escoger, dentro de las culturas tradicionales, cualidades humanas como la honestidad, la verdad y la transparencia en los actos de cualquier naturaleza; en una palabra, tendrán que vivir la moder-

nización y la globalización a través de las culturas africanas y no de los modelos culturales extranjeros dominantes. Actualmente varias experiencias de prácticas socioeconómicas, de asociaciones de mujeres, jóvenes y algunas personalidades africanas confirman mi opinión (ofrezco ejemplos concretos de esto en mi próximo libro sobre el tema).

En lo que respecta al continente, los africanos deben regresar realmente a las principales orientaciones de la política de la OUA de los años sesenta, los de las independencias del continente. Esto significa la unidad africana con un solo mercado y una sola voz en los asuntos internacionales, lo que dará peso a los países africanos en el ámbito internacional.

En el plano de las relaciones exteriores, los países africanos deben cambiar radicalmente sus formas de relación con las grandes potencias extranjeras, ya se trate de los antiguos imperios coloniales conocidos por los africanos o de otros países. El presidente Mandela ha dado el ejemplo, mediante su postura frente al presidente Clinton cuando éste criticó las relaciones de Sudáfrica con Cuba, Libia e Irán, o cuando pidió a Mandela que apoyara su propuesta de formar una fuerza interafricana de intervención, que debería ser encabezada por los propios estadounidenses, o cuando, en enero de 1997, lo amenazó con suspender la ayuda porque Sudáfrica vende armas a Siria. Mandela no se dejó intimidar, sino que, por el contrario, declaró que ningún país en el mundo, cualquiera que sea su potencia, le puede dictar a Sudáfrica lo que este país debe hacer.

Es bien sabido por todos que las relaciones condicionadas de las grandes potencias con los países de África no benefician a los africanos, sino todo lo contrario. Por ejemplo, el prolongado apoyo de Francia al dictador de Ruanda y la "Operación Turquoise" que instrumentó ese país, llevaron a Ruanda al genocidio. Otro ejemplo: a partir abril de 1996 hubo tres rebeliones de una parte del ejército en la República Centroafricana. Francia intervino militarmente, pero en lugar de ayudar a la reconciliación, se puso del lado del presidente y contra el mismo ejército al que apoyó durante mucho tiempo, durante la dictadura de Bokassa y luego la de Koligba. Esto estuvo a punto de llevar al país a la misma situación de Ruanda, pero la misión de reconciliación africana, dirigida por el ex

presidente de Mali, el general Traoré, logró que las diferentes partes firmaran una resolución de paz, en presencia de los presidentes de Congo, Chad y Gabón. Asimismo se pidió que fuera una fuerza de intervención africana la que garantizara la paz, en lugar de que lo hiciera Francia. Tales ejemplos, así como los esfuerzos de los países de África occidental para lograr la paz en Liberia, o las iniciativas del presidente Julius Nierere en África Central, demuestran que el continente africano es capaz de resolver sus problemas sin intervenciones interesadas de las grandes potencias.

¿Cómo explicar que las mismas potencias que pretenden ayudar a los países africanos en dificultades, hayan esperado tanto tiempo antes de discutir la propuesta de Canadá de organizar una fuerza internacional de intervención humanitaria en Kivu, Zaire, para ayudar a los refugiados? Ya se sabía desde 1993, que esta zona de Zaire pasaba por una situación explosiva, con la llegada de miles de personas que huían de las guerras en Ruanda y Burundi, antes de la gran catástrofe de 1994. Ya se sabía también que la presión de los refugiados sobre los grupos étnicos locales (hunde, hyanga y nande) para obtener comida o tierras era muy fuerte y que se podían generar levantamientos en esta zona.

Sin embargo, ni las grandes potencias ni Mobutu, su protegido, hicieron algo para controlar la situación, y no intervinieron porque para ellos la intervención humanitaria no es una causa gratuita. Además, terminada la guerra fría, quieren reestructurar sus espacios mundiales de dominio, sobre todo en África, para ver quién es capaz de detentar el poder dentro del orden mundial, antes de decidir cualquier intervención. Por eso las negociaciones para intervenir en el este de Zaire fracasaron dejando en el vacío a las ONG, muchas de las cuales se han transformado en buitres: llegan a África, allí donde hay muertos, y obtienen dinero pues presentan la situación de manera exagerada (sobre todo en Navidad, cuando la gente es muy sensible al sufrimiento humano). Por otra parte, las ONG se han transformado en aparatos de las grandes potencias dominantes y en instrumentos de respuesta frente al fracaso de la ONU, a través de los subsidios que reciben de ésta y aquéllas. La manera que tienen las ONG de presentar ante la comunidad internacional

algunos resultados de los conflictos en África, a veces no ayuda a los países africanos ni a las personas a las que tendrían que ayudar. Los presidentes de los países africanos deberían de tener la valentía de Mandela para cambiar todas estas prácticas.

Como conclusión general de este corto artículo (que toca uno de los temas que estoy trabajando para mi próximo libro), quiero subrayar que no todos los conflictos que hoy vive África son de carácter étnico o religioso, pues han surgido muchas fuerzas socioeconómicas y políticas, tanto internas como externas al continente, que utilizan las relaciones étnicas y religiosas en sus luchas por el poder o por sus intereses, igual que en otros continentes usan el clientelismo u otras relaciones. En todas partes del mundo, la barbarie y el salvajismo aparecen cada vez más como entre las principales herramientas políticas.

### Bibliografía

- HERTEFELT, Marcel (1971), *Les clans du Rwanda Ancien. Elements d'Ethnosociologie et d'Ethnohistoire*, Bélgica, Tervuren (Musée Royal de l'Afrique Central).
- KALIBUWANÉ, Justin (1979), *Le Rwanda face a son avenir*, París, Imprinta Hamelin et fils.
- KIRARANGANIA, Boniface (1977), *La Vérité sur le Burundi, Témoignage*, Bélgica, Ed. Naquman.
- LE'MARCHAND, R. (1970), *Rwanda-Burundi*, Londres, Piall Mall Press.
- Le Monde Diplomatique*, Diversos artículos, en particular el número de noviembre de 1955.
- ZOCTIZOUM, Yarisse (1983, 1984), *Histoire de la Centrafrique. Violence du developpement, domination et inégalité*, tomo 1 y 2, Paris L'Harmattan.
- (1992), *Africa, problemas y perspectivas*, México, El Colegio de México.
- (1995), "Los caminos de la transición democrática en África" (primera parte), *Mundos, culturas y gentes*, México, núm. 73, febrero.
- (1995), "Los caminos de la transición democrática en África" (segunda parte), *Mundos, culturas y gente*, México, núm. 71, noviembre-diciembre.
- (1995), "Los conflictos en África", *Mundos culturas y gente*, México, núm. 73, febrero.
- (1995), "Las fuerzas contra la democracia en África", *Mundos, culturas y gente*, México, núm. 72, enero.